

Editorial

Educar es una de las tareas más apasionantes a las que puede entregarse el hombre, pero también una de las más complejas. Todo lo que separa a un niño que nace en nuestros días, de otro niño venido al mundo en la época de las cavernas, es la inmensa riqueza que nosotros podemos ofrecer ahora a nuestro hijo. La transmisión y asimilación de esa cultura se realiza a través del proceso educativo. Por eso educar es una labor tan apasionante como difícil.

Es verdad que la educación dura toda la vida (toda la vida dura el camino del aprendizaje), pero se concreta su intensidad en los primeros años, los llamados años escolares. El espíritu infantil despierta entonces y se empapa profundamente del mundo en el que vive. La educación en esa etapa es de una tremenda responsabilidad, al ser un proceso definitivo, un camino en el que el paso del tiempo impide el retorno... Por eso tiene suma importancia que el maestro enfoque el problema con una perspectiva correcta y no pierda de vista nunca que educar no es una función individualizada y personal, sino una tarea comunitaria y grupal. El maestro no es pieza única, ni mecanismo aislado: el maestro es engranaje que forma parte de un aparato complejo que necesita la coordinación para funcionar con precisión.

La Comunidad Educativa, que necesariamente está integrada por los alumnos, sus padres, la dirección de los centros, y todos los profesores, es ese gran mecanismo que intenta la imprescindible integración que llevará a una auténtica educación, de ciudadanos críticos y responsables. Pensar solamente desde la propia parcela produce una distorsión mecánica que engendra un mal funcionamiento; tanto si la cuestión se enfoca en exclusividad desde los niños, como desde sus padres, la dirección o los profesores.

En todo este amplio contexto es donde hay que situar el concepto de libertad de cátedra o de docencia, la gestión de los centros, la participación de los padres y el protagonismo de los niños.
